

**Confesión
de una militante**

**JANE FONDA:
"El
compromiso
político
me
hace feliz"**

● **HECTOR DE GALARD.**—A usted, Jane Fonda, se la conoce en Europa como artista de cine, hija de actor célebre y esposa de un director de cine de talento. Pero hasta ahora nadie sabía que usted tuviese preocupaciones políticas. ¿A cuando se remonta ese compromiso? ¿Han influido en él los seis años que ha vivido en Francia? ¿Obedece, más bien, a un descubrimiento que usted haya podido hacer al volver a Estados Unidos? ¿Ha encontrado usted algo así como una nueva América?

JANE FONDA.—Bueno, las dos cosas han influido en cierto modo en mí... pero hay otras cosas. Mi padre era un demócrata rooseveltiano que apoyó a Stevenson cuando se presentó contra Eisenhower; mi familia fue siempre muy liberal, así que las discusiones políticas eran frecuentes en casa. Empecé, pues, a interesarme por la política desde muy joven, pero era mi interés el típico de una burguesía liberal y demócrata que aportaba fondos a las organizaciones negras, que firmaba peticiones de vez en cuando y que participaba en alguna que otra manifestación contra la guerra, pero que en ningún caso se comprome-

tía personalmente. En una palabra, no era mucho lo que yo hacía.

«La primera vez que decidí comprometerme más directamente fue hace año y medio, en Francia. Acababa de ver en la televisión una película norvietnamita sobre los bombardeos americanos, que reflejaba fielmente la horrible realidad. Poco antes había leído los documentos publicados por el tribunal Russell. En aquel momento empecé a tomar conciencia de la diferencia entre lo que Norteamérica dice y lo que hace. Fue para mí un tremendo «shock». A veces me pregunto por qué habré tardado tanto en darme cuenta de la realidad. Sin duda, porque al principio no podía creerme las atrocidades que ocurrían allí todos los días. O quizá porque, inconscientemente, las encontraba en cierto modo justificadas.

«Aquella fue, pues, mi primera toma de conciencia. La segunda se produjo hace unos meses solamente. Presentía que mi vida iba a cambiar, y ocurre que, cada vez que franqueo una etapa de mi vida, me aislo en un ambiente totalmente extraño, porque esa es la única manera de enfrentarse a uno mismo. Por eso, en noviembre, me fui a la India, Nueva Delhi, Bombay y al Nepal.



Entrevista con Hector de Galard

«Yo no vi la India como la veían los franceses y americanos que me encontré allí; son gente que va buscando el budismo, la droga, y que encuentra normal la pobreza y la miseria. Me han tachado de burguesa americana sólo porque no puedo admitir que el budismo, el hinduismo, que la religión fuese excusa para la pobreza y el hambre. Me horrorizaba ver a tantos «hippies» americanos viviendo en medio de toda aquella gente sin preocuparse de ayudarlos, sin tratar de comprender sus problemas. En el Nepal, por ejemplo, vi a multitud de americanos de origen burgués que habían huido de América y que vivían con la misma pobreza que los indios o los nepaleses, pero que no se preocupaban en absoluto de sus problemas...

H. G.—¿Los "hippies" que van a la India no van a solucionar los problemas de los nativos, sino los suyos propios?

J. F.—Eso es justamente lo que me sorprende, que uno pueda vivir de forma tan inconsciente, tan egoísta. Cuando les hablas a esos «hippies» de las condiciones en que viven indios y nepaleses, se encogen de hombros y te contestan que nada de eso tiene importancia, que el hecho de morir de hambre no tiene el mismo sentido para ellos que para ti, que tú no comprendes nada porque ves las cosas con los ojos de un americano burgués. Esto es muy grave, a mi entender. Tanto más grave cuanto que, por desgracia, en América está ocurriendo algo parecido. Hay muchos jóvenes en mi país, estudiantes en su mayor parte, que se refugian en la metafísica y el ocultismo.

H. G.—Eso no era lo que usted fue a buscar a la India. ¿Qué es lo que allí ha encontrado?

J. F.—En la India me di cuenta de que debía volver a los Estados Unidos, para vivir allí y enfrentarme a los problemas que se plantean muchas veces en similares condiciones.

H. G.—¿Qué problemas?

J. F.—Los de los indios, por ejemplo. ¡Los indios son auténticos prisioneros de guerra! La relación entre los indios y el gobierno federal no es muy diferente de la que existe entre un prisionero y sus carceleros. Del gobierno de los indios se encarga una oficina, la Oficina de Asuntos Indios, un pequeño departamento, sin autonomía alguna, del Ministerio del Interior. Todo, absolutamente todo —su trabajo, el hecho de poder o no quedarse con sus hijos, la escuela a la que los envían, la alianza con tal tribu— depende de la Oficina de Asuntos Indios. ¡La autodeterminación no se ve por ningún lado!

H. G.—Pero en Estados Unidos coexisten múltiples problemas: el problema negro, el de los estudiantes, el del Vietnam, el de los pobres blancos, el de la derecha republicana, el problema de la repre-

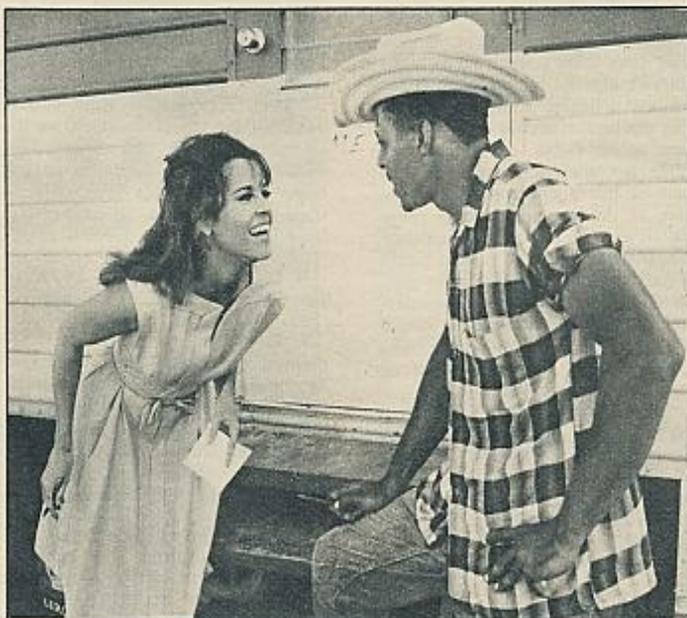
sión... ¿Por qué entonces los indios precisamente?

J. F.—Porque son los más pobres entre los norteamericanos, porque en las reservas las condiciones de vida no son tan diferentes de las que subsisten en la India. Aunque, quizá, también porque mi regreso a Estados Unidos coincidió con la toma de Alcatraz por los indios.

H. G.—¿Qué es este asunto de Alcatraz, exactamente?

J. F.—Hay acuerdos —leyes no escritas— entre los indios y el gobierno federal que estipulan que cuando ciertos terrenos federales de-

esperaba encontrarme con una postura política más clara: se hablaba tanto de Alcatraz, se veían carteles que incitaban a la «Revolución», al «Poder Rojo», etcétera. Pero no, allí salló a recibirme una buena burguesa india, hija de un gran jugador de fútbol americano, James Thorpe. La buena señora era la encargada de la publicidad, y me enseñó su isla exactamente como un ama de casa te enseña la cocina. Me llevó a las celdas y me explicó lo que pensaba hacer; me enseñó las flores que habían plantado... Ningún gesto político en todo aquello. Tanto es así, que si algún indio hablaba de unificar esfuerzos con los «Panteras Negras» era expulsado



«Los negros empezaron a imitar a los blancos. Los blancos, que en los años cincuenta fueron al Sur a ayudarlos, les decían: "Negros, vamos a ayudarlos a ser como los blancos". Luego vino el racismo: el poder negro. Se volvieron sectarios. Pero ahora, el movimiento es auténticamente político y no racista.»

jan de utilizarse volverán inmediatamente a los indios. Alcatraz forma parte de estos terrenos. Cuando Alcatraz dejó de ser una penitenciaría —las condiciones de vida eran allí francamente espantosas—, un grupo de quince indios, representantes de diversas tribus, tomaron como pretextos tales acuerdos para ocupar esa roca solitaria e inhabitable. Era un gesto totalmente irónico.

H. G.—¿Un gesto que quizá tenga algún significado político?

J. F.—Para los indios, sí. Aunque he de confesar que, cuando fui allí,

que yo visité la reserva, una representación de los indios de Alcatraz fue a verter simbólicamente agua de Alcatraz sobre las aguas del lago. Le dije a uno de los jefes de la tribu que todo lo que hacían estaba muy bien, pero que sería más eficaz que organizásemos una manifestación en la ciudad más próxima. ¿Sabe lo que me contestó? «No somos extremistas, sino conservadores. Si nos manifestamos perderemos a muchos amigos». No tienen tanto que perder, pero temen quedarse sin lo poco que les queda. Por eso no quieren ligar su suerte a la de las otras minorías.

»En el fondo —como me dijo la india de Alcatraz—, el movimiento indio tiene una base más religiosa que política. Aunque sus religiones difieran mucho unas de otras. Yo les digo: «Con eso lo único que puede pasar es que perdáis veinte o treinta años más, y dentro de veinte o treinta años ya no os quedará ni tierra, ni agua, ni nada». ¿Y qué me contestan? «Quizá no nos quede nada que comer, pero gracias a nuestra religión sobreviviremos». A veces me pregunto si lo que interesa a los «hippies» de los indios es este tipo de argumentos metafísicos.

H. G.—Bueno, ellos lo que tratan es de encontrarse a sí mismos...

J. F.—Sí, así es como nacen las revoluciones en América. Los negros hicieron lo mismo. Empezaron tratando de imitar a los blancos. Los blancos que, en los años cincuenta, fueron al Sur a ayudarlos, les dijeron: «Negros, vamos a ayudarlos a ser como los blancos». Luego vino el racismo: el poder negro. Se volvieron sectarios. Pero ahora el movimiento es auténticamente político y no racista. Por el momento, sólo los americanos de origen mejicano, los chicanos, comienzan a evolucionar políticamente como los negros. Es de esperar que los demás indios evolucionen de un modo similar a como lo han hecho los negros. Sin embargo, todavía es muy pronto para eso.

H. G.—A los europeos nos sorprende en estos momentos no tanto la amplitud como la diversidad de los movimientos contestatarios que han surgido en Estados Unidos. Está el «Black Power», el «Red Power», el «Women's Power»...

J. F.—La diversidad no es que sea mayor que en Francia. Lo que ocurre es que en Estados Unidos no hay disciplina, no hay autoridad, no hay ninguna organización bien estructurada. A los americanos les horroriza todo eso.

H. G.—Aparte del problema negro, el movimiento americano que más interesa a los europeos en general es el que protesta contra la guerra de Vietnam y, últimamente, contra la de Camboya. ¿Cree usted que va a intensificarse? Al principio era un movimiento formado casi exclusivamente por intelectuales, profesores, estudiantes, gente a la que el gobierno contraponía esa «mayoría silenciosa» —maravilloso hallazgo

expresivo de un colaborador de Nixon— en nombre de la cual se manifiestan obreros y pequeños burgueses.

J. F.—Conviene matizar. Fijese lo que pasó en Nueva York cuando los albañiles se enfrentaron a los estudiantes. Todos a los que entrevistamos después nos confesaron que también ellos se oponían a la guerra de Vietnam, pero que como Nixon era el presidente, había que apoyarle. El problema entre obreros y estudiantes es, en mi opinión, un problema de clases: son hijos de obreros los que van a luchar a Vietnam, así que éstos no pueden permitirse el lujo de manifestarse. Los estudiantes, por el contrario, se benefician de prórrogas y, en algunos casos, de exenciones... Por eso es tan importante el Movimiento G. I. Es de las organizaciones que militan a favor de la paz, la única que rompe las barreras clasistas. Forma un auténtico puente entre los burgueses y los obreros.

H. G.—¿Qué es el Movimiento G. I.?

J. F.—Bueno, es algo así como el control por parte de los propios soldados de la acción anti-guerra de Vietnam. Es un movimiento relativamente nuevo. Surgió hace tres años exactamente, cuando el doctor Howard Levy, destinado en Fort Jackson, Carolina del Sur, se negó a enseñar Medicina a las Fuerzas Especiales. Estuvo veintiséis meses en el calabozo. Estaba ya fichado. Antes de cometer su acto de desobediencia militar, trabajaba ya para organizaciones negras.

»Su reclusión no sirvió de mucho a los militares. Desde el calabozo, el doctor Levy se dedicó a organizar manifestaciones de soldados contra la guerra. Una de las primeras manifestaciones consistió en lo que llamamos un «pray-in», es decir, una vigilia de oraciones en un templo.

»Participaron unos sesenta soldados. Comoquiera que la policía trataba de impedirles la entrada a la iglesia, los manifestantes se arrojaron ante la entrada y rezaron por el fin de la guerra. Todos ellos fueron detenidos. Pero el Pentágono tuvo miedo de que se organizase algún escándalo, y los soldados salieron al poco tiempo. Fue por entonces, aproximadamente, cuando se germinó la idea de los «coffee-houses», algo que es ya parte integrante del Movimiento G. I.

H. G.—Los «coffee-houses» son esa especie de cafeterías administradas por personal civil, situadas en las proximidades de los campamentos militares y frecuentadas por los soldados, ¿no es así?

J. F.—Más o menos. Aunque la verdad es que la mayoría de los «coffee-houses» —existe aproximadamente una docena— no tienen en común más que los problemas que

las autoridades les plantean constantemente. Todos los pretextos son buenos para cerrar estos establecimientos; se introducen drogas, se envían soplonés, a veces hasta se recurre a la dinamita. Le contaré un caso típico: había un café, cerca de Washington, un poco psicodélico, tapizado de «posters» de Humphrey Bogart, de Marilyn Monroe, etcétera, un lugar donde los clientes, a veces, se drogaban mientras escuchaban la música «pop» del momento. Al cabo de algunos meses, los soldados de la base vecina se dijeron: «No, no es eso lo que queremos». Poco a poco «politizaron» el café. Sustituyeron los «posters» de Humphrey Bogart por otros del «Che», de Malcolm X, y la música «pop» por el «free jazz». Esta politización fue obra de los soldados exclusivamente. Ciertos «coffee-houses» publican periódicos clandestinos (hay unos sesenta en Estados Unidos), algunos muy buenos. Otros exhiben películas sobre el ejército y la población norvietnamita; también sobre Cuba. En algunos se celebran conferencias sobre la historia de los movimientos de liberación, la de los movimientos obreros en el mundo, la de la emancipación femenina. Este último punto es particularmente importante para los soldados casados. El Movimiento G. I. intenta politizar no sólo a las esposas de los soldados, sino también a las mujeres que sirven en el ejército, las «Wac's».

»En los «coffee-houses» se discuten todos los problemas que se les plantean a los soldados: salarios, derechos, el salario militar —que aborrecen—; en una palabra, se habla de todo lo que forma parte integrante de la vida diaria del soldado.

H. G.—Pero, ¿quién organiza estos movimientos, quién los controla?

J. F.—He ahí el problema. Los militantes son voluntarios, en su mayoría universitarios que, en los años sesenta, trabajaron en el Sur con los movimientos negros. Llegan, se instalan en estos cafés, trabajan, pero no hay nadie prácticamente que controle el trabajo que desarrollan. Como le he dicho antes, el americano no soporta ni la autoridad ni la disciplina.

»En cuanto a las organizaciones del Movimiento G. I., son muy diversas —imposible citarlas todas— y a veces hasta compiten entre sí. Pero cuando mejor funcionan las cosas es cuando una base forma su propia organización de acuerdo con sus necesidades particulares.

H. G.—¿De forma espontánea?

J. F.—Sí. Claro que hay organizaciones civiles que las apoyan y dirigen. Hay una, especialmente, que se ha fijado como objetivo principal recolectar fondos para poder pagar los honorarios de los abogados que defienden a los soldados contestatarios. Este aspecto del

problema es esencial en Estados Unidos. Cualquier militar que trate de manifestarse a favor de la paz en Vietnam corre el riesgo de ser llevado, con cualquier pretexto, ante un tribunal militar. Puede ocurrir que pase seis meses en el calabozo antes de ser sometido a juicio. Si, por el contrario, hay un abogado por medio, las autoridades militares se andan con mucho más cuidado. Por desgracia, son muy pocos los abogados que están al corriente de las leyes y de los reglamentos militares. Así que una de las tareas más importantes del Movimiento G. I. es la de enseñar a los jóvenes abogados no sólo el código militar y las diferentes posibilidades que abre, sino también el vocabulario, que es muy «sui géneris».

»Después de todo, es normal, ya que se pide a los soldados que militen en el ejército a favor de la paz, tratar de protegerlos en el plano legal, y es ese un trabajo que nos compete directamente. Otra de las tareas de que nos encargamos es la de distribuir panfletos en las bases militares, cosa que, evidentemente, los soldados no pueden realizar personalmente.

H. G.—«Tenemos». ¿A quién se refiere este «tenemos»?

J. F.—A los civiles, a los estudiantes, a los voluntarios. Tratamos de que los estudiantes, y sobre todo los que trabajan en universidades próximas a bases militares, colaboren con el Movimiento G. I. Esto parece algo totalmente normal, pero no lo es tanto si se considera que, hasta hace poco, los pacifistas veían a un adversario en todo aquel que llevase un uniforme. Hay que hacer ver a la gente que el Movimiento G. I. es, en realidad, el arma más eficaz para acabar con la guerra.

H. G.—En resumidas cuentas, la lucha contra la guerra de Vietnam ha dejado de ser obra exclusiva de estudiantes e intelectuales, es decir, de gente que en la mayoría de los casos no iba a luchar al Sudeste asiático, ya que ahora son los propios soldados los que se encargan de llevarla a cabo.

J. F.—Exactamente.

H. G.—¿Hay algún denominador común entre los diferentes movimientos contestatarios americanos?

J. F.—Sí la guerra de Vietnam, sin duda alguna. Los «Panteras Negras», por ejemplo, han adoptado una postura muy clara y firme contra la guerra de Vietnam. Por otra parte, los negros son los que mejor organizados están y los que militan de forma más activa en el Movimiento G. I. No obstante, al movimiento de los «Panteras Negras» no se le concede la importancia debida. Los militantes del movimiento pacifista, que apoyan al F.N.L.,

no reprochan a los vietnamitas su violencia revolucionaria ni les acusan de antisemitismo porque defienden la causa de los palestinos. Sin embargo, si dirigen reproches como éstos a los «Panteras Negras». Es preciso hacerles ver que la violencia de los «Panteras» es sólo una respuesta a las violencias de que son objeto por parte de la sociedad americana y que su «antisemitismo» no es más que antisionismo. Es necesario que los movimientos pro paz en Vietnam superen todas estas contradicciones y apoyen a esa vanguardia revolucionaria que son los «Panteras Negras».

»Tenemos también los movimientos femeninos. Uno de ellos, muy conservador hasta ahora, acaba de iniciar un programa llamado «Adopte usted una base». Las mujeres afiliadas a este movimiento se trasladan a las bases militares para distribuir octavillas. Los movimientos en pro de la emancipación de la mujer, la «Women's Liberation» especialmente, cobran cada vez mayor importancia.

H. G.—¿Y yo que creía que era el hombre americano el que tenía que liberarse de la mujer!

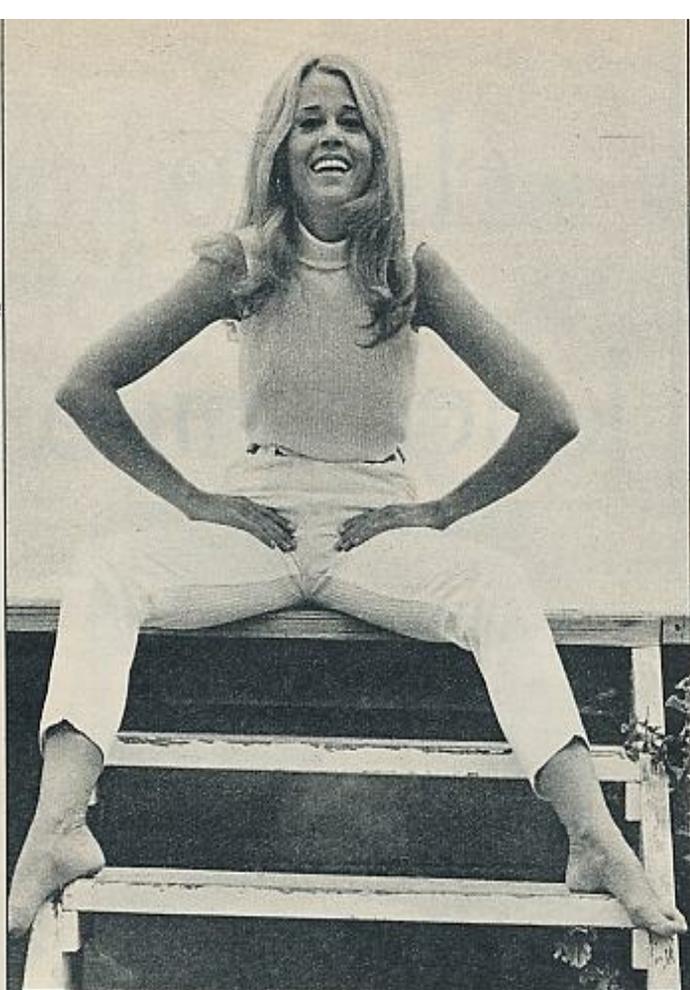
J. F.—¡Exactamente! Me resulta muy difícil explicárselo porque yo misma estoy empezando ahora a comprender la importancia que tiene, en Estados Unidos, la liberación de la mujer. Es algo difícil porque, personalmente, soy una privilegiada; desde el punto de vista económico soy independiente y, además, en mi profesión hay prácticamente igualdad de salario y de empleo entre hombres y mujeres. Pero sé que en Estados Unidos, el único grupo oprimido que no es minoría lo constituyen las mujeres.

H. G.—Es una mayoría oprimida, en cierto modo...

J. F.—Bueno, lo cierto es que en Estados Unidos existe una discriminación muy marcada entre hombres y mujeres en el plano de salarios, trabajo, trabajo doméstico...

H. G.—Y, sin embargo, el europeo ve al americano como un hombre de su casa, que lleva delantal, que pasa la aspiradora, que hace la comida y limpia a los niños...

J. F.—... También en el plano del «chauvinismo» masculino. Hay que despertar a la mujer, radicalizarla, y yo les aseguro que cuando hombres y mujeres discuten juntos estos problemas, se crean colectividades que —para volver sobre su pregunta— liberan a su vez al hombre. El otro día, en Texas, una mujer socialista hablaba a los soldados de la liberación femenina. Y utilizaba argumentos como éstos: «No es que queramos ser iguales a vosotros, porque ni siquiera vosotros sois libres. ¿Qué quiere decir igualarnos a vosotros? El éxito de la libera-



«¿Por qué no me he comprometido antes? Quizá por la vida que he llevado. Me doy cuenta de que es algo que me hace feliz, de verdad. Los liberales me odian porque mi compromiso radical les crea una mala conciencia».

ción de la mujer supone una liberación total, una reestructuración de la familia, del modo de criar a los hijos, de las relaciones entre hombres y mujeres, de la sociedad en su totalidad». Las mujeres que militan por su propia emancipación citan a menudo como ejemplo a los países revolucionarios —Cuba y Vietnam especialmente—, las cosas evolucionan muy de prisa.

«Por ejemplo, hace dos años, uno de los líderes de los «Panteras Negras», Eldridge Cleaver, decía: «La única actitud que puede adoptar una mujer revolucionaria es la de satisfacer sexualmente al hombre».

«Ya no dice esas cosas... ¡Ni mucho menos! Las mujeres «Panteras» se le echaron encima y tuvo que cambiar de opinión. Rennie Davis, uno de los ocho acusados del famoso proceso de Chicago, a una pregunta mía en el sentido de cuáles serían los frentes de una posible revolución en América, contestó que: la liberación de la mujer, el Movimiento G. I., los negros, las minorías militantes, los jóvenes obreros y los estudiantes...

«¿Sabe usted? Una de las cosas peores de Estados Unidos —y seguramente también de otros países— es la competición entre mujeres para la «conquista» del hombre. La existencia y la identidad de una mujer dependen del hombre, lo que entraña necesariamente una lucha y un conflicto entre las mujeres. Cuando cesa esta competencia, cambia radicalmente la relación entre las mujeres, las cuales se apoyan ahora entre sí. En el Movimiento G. I., en los «coffee-houses», las mujeres participan plenamente. Lo que no deja de plantearme problemas...

H. G.—¿Qué tipo de problemas?

J. F.—Por ejemplo, no toleran el que me presente en los «coffee-houses» en tal que actriz y que se utilice mi nombre para atraer a los soldados. «¡Ni hablar!», dicen siempre. Pero, por otra parte, es imprescindible utilizar todos los medios a nuestra disposición para atraer a los militares a nuestro Movimiento. Si mi visita a determinado «coffee-house» ha de ser breve, entonces se me presenta como «vedette», se explota mi calidad de actriz. Si no —y a mí personalmente esto me parece mejor e incluso más eficaz— llego de incógnito y durante los primeros días soy una de tantas, trabajo en silencio. Luego hablo, aunque precisando siempre que no estoy allí en plan de actriz —jamás firmo autógrafos—, sino para ayudar a los soldados, para colaborar con el Movimiento G. I. Entonces, los soldados me miran de un modo totalmente diferente, y cuando vuelven a sus bases hablan con sus compañeros también en otro tono.

«Naturalmente, cuando vengo sólo por veinticuatro horas, cuando los soldados se enteran (¡perdón!) de

que ha llegado Jane Fonda, van a la reunión hasta los periodistas. Y hay soldados que protestan: «Lo único que quiere es hacerse publicidad». (No se dan cuenta de que este tipo de publicidad no me beneficia necesariamente.) Claro que este problema no se plantea solamente cuando se trata de un auditorio militar. Cuando llega a una base, a un café, a una universidad un político, un intelectual, en una palabra, una persona «seria», la gente que acude a escucharle está, en su mayoría, muy politizada. Mi caso es diferente. La mitad de la gente va a verme como actriz...

H. G.—¿Van a verla y no a escucharla?

J. F.—Van a verme, pero espero que terminen escuchándome.

H. G.—¿La beneficia o la perjudica en su carrera de actriz su militancia política?

J. F.—Quizá peque de ingenua, pero creo que, hasta la fecha, mi militancia no ha tenido ninguna repercusión. Algunos militares me han dicho a título personal que el Ejército me la tiene jurada. Pero no hago caso, todo lo que hago lo hago sin ocultarme. Claro que podrían hacerme lo que a otros: colocar micrófonos en mi casa, meter droga para comprometerme. Así podrían detenerme. Quizá ocurra: pri-

mero, provocación; después, represión.

H. G.—¿Considera usted grave esta represión de la que habla y de la que últimamente ha habido algunos ejemplos en Estados Unidos?

J. F.—En relación con la mayoría de los países, en Estados Unidos subsiste una gran libertad.

H. G.—¿Qué país es, en su opinión, más «policiaco». Estados Unidos o Francia?

J. F.—... Francia, creo yo. En Estados Unidos uno puede entrar en un hotel sin que nadie le pida su pasaporte. Allí muchas veces le detienen a uno en una manifestación, le encierran en una celda fuertemente guardada, sin que nadie se preocupe de quién es. Es una especie de falsa democracia la americana. Hay en mi país una increíble mezcla de liberalismo y represión. Tenemos, por ejemplo, esa famosa ley en virtud de la cual se puede detener a cualquiera que pase de un Estado a otro para manifestarse. Esa ley nos afecta directamente a todos, hasta el punto de que se ha convertido en ley federal. La prueba la tenemos en el proceso de Chicago. ¡Cualquiera puede ser detenido!

«Otro ejemplo —que quizá no sorprenda a muchos europeos—: el ocho de diciembre, por primera vez en la Historia de Estados Uni-

dos, los policías penetraron, sin mandato judicial, en el cuartel general de los «Panteras». Esto es nuevo en Estados Unidos.

«Es más que probable que aumente la represión. La guerra puede durar todavía mucho tiempo, y la escalada parece que va a continuar. Habrá entonces en Estados Unidos una protesta masiva, seguida de una represión también masiva. Todo dependerá de cómo reaccione el pueblo americano ante esa represión. En mi opinión, sólo habrá, como ocurrió en Francia, una pequeña minoría dispuesta a lanzarse a las calles. La mayoría, formada incluso por gente que ahora está contra la guerra, se amedrantará a la vista de los potentes medios de represión.

«No creo que pueda continuar esta guerra, que pueda proseguirse la escalada sin atentar al sistema democrático. Es muy difícil que Nixon sea reelegido. Hay quien dice que ha pedido a la Rand Corporation la realización de un estudio sobre la posibilidad de anular las elecciones de mil novecientos setenta y dos.

H. G.—No sería constitucional...

J. F.—Tampoco lo era la invasión de Camboya... No, de verdad, no creo que pueda continuar la guerra sin que el gobierno americano se oriente hacia una forma de dictadura. El presidente Kennedy, que intentó sacar las tropas de Vietnam, fue asesinado; Johnson, a pesar de su ambición, prefirió renunciar a presentarse otra vez como candidato...

H. G.—¿Es usted más feliz ahora que se ha comprometido políticamente?

J. F.—¡Sí, sí!

H. G.—¿Constituye este compromiso una respuesta satisfactoria a las preguntas que usted se planteó durante su viaje a la India y de las que me habló al principio de nuestra conversación?

J. F.—[Sin duda] ¿Por qué no lo he hecho antes? No sé... Quizá por la vida que he llevado. Debía haberlo hecho mucho antes. Me doy cuenta de que es algo que me hace feliz, de verdad. Mucha gente, especialmente entre los liberales, me odia porque mi compromiso radical crea en ellos una mala conciencia. Otros piensan que estoy chicheando, o que es sólo una pose que no durará. Pero se equivocan. No se trata de una etapa de mi vida, es un compromiso total que, sin embargo, no es más importante que mi oficio, porque es esencial que continúe trabajando y triunfando en mi profesión.

«Aunque sólo sea para convencer a los demás que se puede adoptar las posturas que yo he adoptado y seguir trabajando y triunfando. ■ H. G.